



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.11, Núm. 1, pp. 1328-1344 - ISSN 2027-5528

Sectores populares y experiencias en común: el 68 mexicano inserto en el ciclo de luchas latinoamericano

**Social sectors and common experiences: the Mexican 68 inserted in the cycle of Latin
American struggles**

Pablo Bonilla Juárez

Universidad Nacional Autónoma de México
orcid.org/0000-0001-7767-4749

HAREDES
Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Sectores populares y experiencias en común: el 68 mexicano inserto en el ciclo de luchas latinoamericano

Pablo Bonilla Juárez
Universidad Nacional Autónoma de México

Historiador, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México.
Seminario de Historia Oral del Instituto de
Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Correo electrónico: pablo.boja@mail.com

ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0001-7767-4749>

Resumen

El objetivo de este texto es comprender y explicar el carácter popular del 68 mexicano por medio del estudio de los testimonios de docentes que participaron durante los acontecimientos –del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Proponemos un análisis *a ras del suelo*: internándonos: internándonos en la vida cotidiana observamos y analizamos las acciones provenientes de sectores populares que apoyaron y se sumaron al movimiento. Además, comprenderemos su vínculo con el ciclo de luchas latinoamericanas emprendido en la década de los sesentas.

Palabras clave: sectores populares, experiencia, 1968, México, Latinoamérica

Social sectors and common experiences: the Mexican 68 inserted in the cycle of Latin American struggles

Abstract

The objective of this text is to understand and explain the popular character of the Mexican 1968 through the study of the testimonies of teachers – from Instituto Politécnico Nacional (IPN) and Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)–who participated in the events. We propose an analysis at ground level by introducing ourselves into their everyday life we observe and analyse the actions that originated from social sectors that stood by and supported the movement. Furthermore, we analyse their link to the cycle of Latin American struggles of the seventies.

Keywords: social sectors, 1968, experience, Mexico, Latin America

A la memoria de la *Chata* Campa, síntesis de la lucha y la crítica lúcida

La dictadura convierte en cárceles los cuarteles y las comisarías,
los vagones abandonados, los barcos en desuso.
¿No convierte también en cárcel la casa de cada uno?
Eduardo Galeano, *Días y noches de amor y guerra*

Introducción

Todo movimiento social hunde sus raíces en un pasado más o menos reciente que lo influye y le otorga un conjunto de herramientas y/o estrategias de lucha. Por ello, la historia social resulta fundamental como vehículo para analizar y explicar las movilizaciones sociales. Sin embargo, al calor de los conflictos es difícil reconocer dicho pasado. En ese sentido, Raúl Zibechi lo considera como un problema para transmitir la experiencia histórica entre las generaciones que luchan, escribe: “cada ciclo de luchas sociales y políticas deja un conjunto de enseñanzas que rara vez se convierten en huellas que puedan reconocer quienes vienen detrás y se disponen a reiniciar el combate” (Zibechi, 2010, p. 129).

Tal vez en algunos casos o ciertas personas, se puede reconocer esta herencia. Probablemente, la historia oral sea la metodología idónea que nos permite acercarnos a este nivel de experiencia histórica a la que se refiere Zibechi. En este grado microscópico, el de la vida cotidiana, es posible hallar los finos hilos que entrelazan experiencias de lucha separadas por el tiempo.

En este aspecto queremos colocar nuestra ponencia ya que recuperamos los testimonios de maestros y maestras que vivieron la movilización estudiantil de 1968. Proponemos enfocar nuestro interés en sus recuerdos sobre movimientos y/o luchas que fueron antecedentes del 68 mexicano y en esa medida explicar el carácter popular del mismo. Los docentes son María Fernanda Campa Uranga (alias la *Chata*) y Félix Hernández Gamundi del Instituto Politécnico Nacional (IPN); y de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, la maestra Dolores Hernández Guerrero y los maestros Guillermo Hernández Ramírez y Sergio Hernández¹.

¹ Sergio Hernández se tituló de la Facultad de Ciencias de la UNAM, entonces pertenecía al Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del IPN (CINVESTAV); Dolores Hernández egresó de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, ella se desempeñaba como docente en la Universidad de Puebla y vivía en el pequeño poblado de Calpulalpan, Tlaxcala; Guillermo Ramírez primero fue alumno

Además, retomando la perspectiva del libro *Los desbordes desde abajo. 1968 en América Latina* del ya citado Zibechi, consideramos que es necesario entender 1968 no sólo como una revolución cultural, sino como un momento de inflexión en la historia social del continente, puesto que sienta las bases para una nueva cultura política que se yergue contra las formas de representación estatal. Como veremos, algunas organizaciones sociales –como la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET) o la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU)– y sindicales –como el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE)– que estaban supeditados a los marcos estatales fueron *desbordadas* por la insurgencia popular de la época.

Para demostrarlo establecimos tres momentos de exposición. En el primero abordamos los testimonios, haciendo hincapié en los antecedentes sociales que son referentes del 68. En el segundo, hacemos un bosquejo de algunas de las movilizaciones del continente que nos permiten comprender la diversidad de experiencias regionales como un proceso de luchas que cuestionó las viejas formas de lucha de la izquierda de cuño estatal. Y en las conclusiones recapitulamos las ideas generales de nuestro texto a modo de cierre.

Antes del 68: marea de fondo social

El país experimentaba un ya acentuado sentimiento de inconformidad social. Al respecto, la maestra Dolores Hernández sentencia que “el 68 no es más que la continuación de una agitación social que se manifestaba desde mucho antes” (Hernández Guerrero, entrevista, 20 de abril de 2018). Prácticamente todos los entrevistados concuerdan en este punto; respecto a ello Guillermo Ramírez señala que “en 57, 58, 59 hay grandes movimientos sindicales en México: magisterio, telegrafistas, médicos, ferrocarrileros. Tanto así que se corría el rumor de que López Mateos había llevado el Archivo de la Nación a la frontera para protegerlo” (Ramírez, entrevista, 1 de agosto de 2018).

La respuesta por parte del gobierno fue endurecer su postura frente a los movimientos sindicales. La represión y el encarcelamiento de los líderes ferrocarrileros Demetrio Vallejo

normalista y luego ingresó a la preparatoria 1 de la UNAM, posteriormente sería docente de la Facultad de Economía; la *Chata* Campa egresó de la carrera de geología en la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura de Ciencias de la Tierra y ya para entonces era docente de medio tiempo. A diferencia de los docentes mencionados, Félix Gamundi era alumno durante las movilizaciones estudiantiles; sin embargo, por su vivencia, así como su labor como miembro y actual director del Comité 68 Pro Libertades Democráticas, es un testimonio primordial para comprender lo que pasó en aquellos meses.

y Valentín Campa, así como el despido injustificado de los telegrafistas más radicales en la huelga de finales de 1957, fueron los síntomas de la negatividad por parte del Estado a ceder el control sindical. Recordemos que en un inicio el movimiento magisterial en 1956 enarbolaba reivindicaciones salariales con un aumento de hasta el 30%, pero el sindicato pactó con la Secretaría de Educación Pública (SEP) un aumento de tan sólo 14%. El 3 de julio de ese año, durante un mitin convocado para exponer dicho acuerdo que traicionaba los intereses del gremio, algunos maestros normalistas y compañeros de Othón Salazar Ramírez lo instaron a tomar la palabra para denunciar el charrismo del SNTE. A partir de este momento, la Sección IX del entonces Distrito Federal comenzó su lucha en dos ejes básicos: la democratización del SNTE y la exigencia de mejora salarial y prestaciones. Hasta que en septiembre se creó el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM) que disputó el control sindical charro (Pérez, 2013).

El sistema político corporativo que construyó el Partido Revolucionario Institucional (PRI) supo contener el movimiento campesino por medio de la Confederación Nacional Campesina (CNC). El Estado dio cauce dentro de sus propios parámetros legalistas al descontento del agro mexicano. Empero, a pesar del relativo éxito de los gobiernos posrevolucionarios, el 23 de septiembre de 1965 un conjunto de guerrilleros comandados por el maestro Arturo Gámiz asaltaron el cuartel de Madera en Chihuahua. Esto no sólo significó la primera acción guerrillera de gran envergadura en México, también fue “la culminación de un vasto movimiento agrario que demandaba tierras, de forma activa desde 1960, sin más respuestas que dilaciones y represiones” (Zibechi, 2018, p. 18). Será después de 1970 que los movimientos campesinos, en alianza con organizaciones indígenas, romperían este dique institucional al crear organismos independientes del Estado.

En una revisión somera de la situación social del país, se deduce que el sistema político mostraba fisuras; sus límites eran cada vez más claros. Pero de forma específica hubo, cuando menos, dos acontecimientos que nuestros entrevistados recuerdan como antecedentes directos del movimiento estudiantil. El movimiento camionero de 1958 y la huelga de 1967 en la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar (ESAHE) de Ciudad Juárez.

En agosto de 1958 los estudiantes –sobre todo de la Facultad de Derecho de la UNAM– inician manifestaciones contra el alza de tarifas de la Alianza de Camioneros de México,² que visiblemente afectaba la economía familiar de la capital. Los estudiantes respondieron tomando camiones como una forma de “hacer justicia”, Sergio Hernández relató:

Tanto en el Poli, como en la Normal como en la UNAM, salían los muchachos [...] le hacían la parada al autobús; se subía el grupo de muchachos al autobús; y declaraban que el autobús ya era del movimiento y, entonces, se llevaban el autobús a sus respectivas instituciones, y la Universidad estaba llena de autobuses. Pero de veras: cientos de autobuses, cientos de autobuses que habían tomado. Yo creo hubo un momento en que de plano se acabaron todos los autobuses de la ciudad (Hernández, entrevista, 18 de abril de 2018).

De igual manera Guillermo Ramírez rememora su participación: “el pulpo camionero eleva las tarifas y yo agarro un camión, que me sorprenden y me mandan a la cruz. Es decir, los estudiantes participábamos y llenábamos las islas de camiones” (Ramírez, entrevista).

Este tipo de acciones implicaron un nivel de organización importante y en ello cooperaron otro tipo de organizaciones sociales. Luis Hernández Navarro consigna que “el 25 de agosto, bajo el influjo del movimiento de los maestros de primaria del Distrito Federal, un grupo de estudiantes de la Facultad de Derecho forma la Gran Comisión Estudiantil (GCE), para evitar que las organizaciones existentes se montaran y dirigieran la lucha” (Hernández Navarro, 2008). La GCE fue fundamental en la experiencia organizativa estudiantil como uno de los primeros intentos de emancipación de las direcciones charras. Por esto es, para Sergio Hernández, un “antecedente del 68”. Veamos su testimonio:

[...] se formaban brigadas que eran como más militantes que, yo no las recuerdo... no estoy totalmente seguro, pero creo que *ya se les llamaba Comités de Lucha*; ya se les empezó a llamar, desde entonces, eh, *fíjense: desde el 58*. Y estos se dedicaban a hacer volantes y a salir a todos los puntos de la ciudad, y repartían volantes por toda la ciudad, y se creó un ambiente de agitación muy importante en toda la ciudad y, yo creo que en buena parte del país (Hernández, entrevista. Énfasis nuestro).

En resumen, fue un pequeño ensayo de lo que vendría una década después.

En 1967 la organización estudiantil independiente conocida como *Avance*, ganó la dirección de la mesa directiva de la ESAHE. *Avance* estuvo conformado por estudiantes conocidos como los “cebolleros”, mote usado para referirse a los alumnos provenientes de otros estados de la república y que tenían una preocupación especial por la enseñanza agrícola

² Popularmente conocida como el pulpo camionero, puesto que agrupaba 96 líneas de camiones urbanos.

(De los Ríos, 2016). Sus aspiraciones se estrellaron rápidamente con el liderazgo de la ESAHE encabezado por los hermanos Rómulo y Abelardo Escobar Villalba, los cuales, no querían reformar los programas pedagógicos ni mejorar las instalaciones y bajar las colegiaturas. El 8 de mayo inició la huelga y terminó en julio de 1967 con la incorporación de los 180 estudiantes huelguistas a la Universidad Autónoma de Chihuahua, lo que significó una victoria.

Si bien, esta huelga llegó a buen puerto, donde quisiéramos llamar la atención, es que funcionó como catalizador de otras organizaciones estudiantiles. Para el Politécnico fue medular como paso previo al 68, así lo piensa Félix Gamundi:

Y la huelga del 67 nos dio a nosotros esta posibilidad de coordinación y se formó el Comité Coordinador del Poli en 67. Dos, uno que era los Comités Coordinadores de Zacatenco y otro los del Casco. Pero en el Comité Coordinador Nacional de Huelga de 67 igual, nos juntábamos, coordinamos y era todo muy rápido, de manera que en 68 esa fue la base del Consejo Nacional de Huelga (CNH), [...] de ahí nació la idea del Consejo, traíamos ya la experiencia del 67 y la UNAM se sumó a eso (Hernández Gamundi, Entrevista, 30 de julio de 2018).

La solidaridad politécnica se explicaba por la ocupación militar del internado que sufrieron el 23 de septiembre de 1956, en consecuencia, Félix Gamundi afirmó que “nosotros por el asunto del internado había mucha sensibilidad en el tema en el Poli”. Pero no sólo el IPN se unió, otras escuelas del país se sumaron:

Entonces viene la huelga de solidaridad con ellos junto con Chapingo y ahí surge el Comité Coordinador Nacional de Huelga o el Comité Nacional Coordinador de Huelga de 67, donde estamos el Poli, todas las escuelas del Poli, Chapingo que era chiquitito, Chihuahua y la mayoría de las escuelas de agricultura del país en las universidades donde había, no en todas había, pero en todas aquellas donde había: eran Sinaloa, Guerrero, obviamente...la de Nuevo León, Coahuila, [...] Tamaulipas. [...] No eran muchas, pero todas las que había entraron a la huelga, por eso era el Comité Nacional Coordinador de Huelga. Ese es el antecedente del Consejo Nacional en 68 (Hernández Gamundi, entrevista).

En esa tesitura, Campa repasa los acontecimientos de esos años. En la Escuela Superior de Físico-Matemática se articuló la comisión politécnica en apoyo a los “cebolleros” huelguistas; además sostuvieron reuniones en la Universidad de Chapingo con los estudiantes organizados encabezados por Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, que un año después sería parte del CNH: “estoy hablando un año antes, en esa comisión solidaria con los Hermanos Escobar, en Chapingo, está Cabeza de Vaca, está X, Y y Z, lo que fue después el

Consejo Nacional de Huelga, digamos, *el núcleo*.” (Campa, entrevista, 23 de julio de 2018. Énfasis nuestro).

Estas experiencias previas funcionaron como ensayos de las estrategias y formas de organización estudiantil que emergieron en 1968. Fueron pequeños talleres donde se confeccionaron pequeñas redes estudiantiles que serían la base del movimiento de 68. Campa lo ve así en el caso politécnico cuando habla del trabajo de los grupos culturales en la institución: “pa’cuando llegó el movimiento, ya teníamos prácticamente grupos organizados de chavos conscientes en todas las escuelas. No se cómo hicimos, ni me pregunten, pero empezamos tres, en todo el Politécnico” (Campa, entrevista).

Estos grupos autónomos que hicieron frente a la FNET –dentro del politécnico–, FEU –dentro de la UNAM– y otras organizaciones charras, tuvieron una deuda en la agitación social que desde años atrás había sido traicionada y/o cooptada por sus dirigentes³. Por lo tanto, aprendieron a no conformarse con los mecanismos de representación avalados por el Estado.

En ese sentido el movimiento estudiantil de 1968 fue apoyado por los sectores populares por dos razones. Primero, por el desgaste de los sistemas representativos institucionales a causa de la parcial o nula representatividad de los sectores populares (obreros, campesinos y estudiantes); segundo, por el capital social que contaba el estudiantado por siempre estar presentes en las luchas sociales. Guillermo Ramírez lo describe puntualmente:

Hay un espíritu de solidaridad con los estudiantes. Vuelvo a repetir, los estudiantes siempre estuvieron al frente de las luchas populares [...], de los problemas populares: aumento de luz, huelga; sobre todo el aumento de pasajes, es muy visible [el movimiento camionero]. ¿Dónde están los que van a defender al pueblo?, los estudiantes. Si siempre se pensó que los estudiantes eran bonhomos... ¡la bonhomía del estudiante! (Ramírez, entrevista)

Por esto último, Salvador Martínez Della Rocca lo considera un movimiento estudiantil–popular, ya que:

A partir del día 5 [de agosto de 1968], miles y miles de estudiantes acompañados por profesores inundaron los barrios, las calles, los mercados, los cines, los cafés, las

³ Prácticamente toda la historia del sindicalismo mexicano estuvo permeada por el charrismo. En efecto, el PRI siempre buscó subordinar a las clases populares vía líderes “a modo” o complacientes con el régimen. Vale la pena recordar el movimiento sindical ferrocarrilero, telefonista y telegrafista, los cuales tuvieron líderes impuestos por el priísmo.

oficinas públicas y los camiones urbanos del Distrito Federal, en los cuales, a través de *mítines relámpagos* y de repartir propaganda, llevaron al pueblo de México la verdad de los acontecimientos y, además, denunciaron permanentemente la situación de antidemocracia y represión que vivía el país. (Della Rocca, 2008, p. 41. Subrayado del original).

Los brigadistas iban ganando el interés y la empatía de la población. Por ejemplo, Dolores Hernández vio cómo en el pueblo donde vivía en ese momento (Calpulalpan, Tlaxcala), llegaron brigadistas de la Universidad de Chapingo que “en un principio poca gente les prestó atención, pero a medida que crecía la represión del movimiento por el poder público en la Ciudad de México, aumentaba la audiencia.” Tal fue el interés por acercarse a las brigadas que algunos alumnos de la preparatoria de Calpulalpan “mataron clase” para ir y escucharlos. Se trazaron canales de comunicación entre los pobladores y el movimiento:

Por lo regular, los brigadistas llegaban a la hora que se iba a comprar el pan y observé cómo algunas señoras ofrecieron panes a manera de expresar su apoyo al movimiento. En los primeros días se dirigían a los muchachos “estudiantes” y ya estallada la huelga decían: llévenselo a los “huelguistas”. Así fue la comunicación que se dio entre Calpulalpan y el movimiento del 68. Aunque a escala distinta y en contextos distintos, los pobladores se percataban de la fragilidad de los huelguistas frente al poder público (Hernández Guerrero, entrevista).

En ese tenor, Campa comenta que “siempre teníamos solidaridad. Si algo tenía el movimiento era [solidaridad]. El pueblo se desbordaba.” Incluso el 2 de octubre participaron contingentes obreros, según el recuerdo de la *Chata*: “el 2 de octubre, por primera vez aparecieron, junto con el movimiento estudiantil, contingentes de trabajadores de Comisión Federal de Electricidad (CFE), de Petróleos Mexicanos (PEMEX), no me acuerdo qué otros, el movimiento lejos de, poderlo arrinconar, se iba extendiendo, a otros sectores descontentos como esos” (Campa, entrevista).

Sin duda las acciones de propaganda dieron en la simpatía popular. Félix Gamundi piensa que esto se debió, en particular el estudiantado politécnico, “porque la mayor parte de los estudiantes éramos obreros”. Algunos alumnos, sobre todo de la Escuela Superior de Ingeniería y Electricidad (ESIME), laboraban en importantes centros obreros como Altos Hornos de México, Correos Nacionales, PEMEX, CFE y Ferrocarriles Nacionales de México. Ergo, estas empresas fueron algunas de las que recibieron grupos de brigadistas.

Empero, a pesar que los sectores obreros comenzaban a simpatizar con el movimiento, los sindicatos charros ejercieron presión para evitar su incorporación a las protestas. Un

ejemplo es el SNTE que ordenó reanudar las clases en los planteles del IPN, no obstante, los profesores se negaron e incluso fueron en apoyo a los estudiantes: “acuden, y en una actitud muy retadora convocan a los estudiantes y dicen ‘pues a mí me dijeron que viniera a dar clases, pero vengo a que mejor ustedes me informen cómo van, qué está pasando’, que *era una manera de voltear la indicación, la directriz que estaban recibiendo*” (Hernández Gamundi, entrevista. Énfasis nuestro).

Otra forma de coerción era despedir a los estudiantes y trabajadores involucrados. Como reacción, se crearon las brigadas cruzadas, Félix Gamundi las define: “si eras trabajador de PEMEX te ibas a ferrocarriles, y sí eras de ferrocarriles te ibas a Compañía de Luz, y los que trabajaban en Compañía de Luz se iban a PEMEX o Altos Hornos, de manera que eso pudiera proteger el empleo” (Entrevista. Énfasis nuestro).

El movimiento estudiantil fue popular en la medida que se nutrió de luchas y movilizaciones que no se circunscribieron al ámbito educativo, por lo tanto, sus acciones expresaban el descontento no sólo de estudiantes, obreros, campesinos y sectores populares urbanos.⁴ Dicho carácter popular forzó a los hombres y mujeres que participaron a aglutinarse fuera de los marcos establecidos por el corporativismo estatal. En esa medida rompieron, aunque haya sido por un momento, con el clientelismo priísta.⁵ Esto no fue algo exclusivo de México, al contrario, desde una perspectiva continental lo podemos apreciar como un proceso de luchas de perfil popular que surgió en toda América Latina.

El desborde popular. El ciclo de luchas latinoamericano

Desde la teoría del sistema-mundo Giovanni Arrighi, Immanuel Wallerstein y Terence Hopkins proponen que 1968 “fue una revolución contra la contrarrevolución representada

⁴ Vale la pena citar algunos ejemplos del nivel de afinidad que encontraron en los movimientos estudiantiles los sectores urbano-populares: en 1971 en Monterrey nacieron colonias y barrios que se inspiraron y/o hicieron referencia al movimiento estudiantil, por ejemplo, están las colonias Mártires de San Cosme y Mártires de Tlatelolco. Para 1973 se funda la colonia Tierra y Libertad con apoyo de estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León (Zibechi, 2018, p.72).

⁵ Al respecto, Martínez della Rocca escribe: “el CNH era una dirección estudiantil directamente ligada a las masas a través de los comités de lucha de cada escuela. Y, la más importante característica, es que era una organización horizontal y de masas; es decir, no había puestos de jerarquía formal y estaba constituido por caso 300 delegados que en conjunto tomaban decisiones. Esto trajo por consecuencia que los métodos tradicionales de corrupción estatal no tuvieran posibilidad de éxito en el movimiento de 1968. Prácticamente, el gobierno hubiera tenido que ‘transar’ a casi 200 escuelas, o sea, a más de 200 mil estudiantes para poder controlar el movimiento. Esto descontroló totalmente al Estado, acostumbrado a resolver problemas políticos con base en la violencia y la corrupción” (Della Rocca, 2008, p. 38).

por la organización estadounidense a partir de 1945” (Arrighi, et al., 1999, p. 83). Los movimientos antisistémicos de viejo cuño –nacionales y sociales del siglo XIX– crearon como estrategia revolucionaria la toma del poder estatal para, una vez en él, transformar el mundo. Durante el siglo XX estos movimientos antisistémicos implementaron dicha estrategia con un éxito parcial. Pero el imperialismo norteamericano supo cooptar los movimientos nacionalistas, así como aprovechó los errores de gobiernos comunistas, socialdemócratas y nacionalistas. Esto se tradujo en una crisis del paradigma de la toma del poder, por lo que la *revolución mundial de 1968* se entiende “como un cuestionamiento fundamental de la estrategia de la oposición de la vieja izquierda frente al sistema mundial” (Arrighi, et al., 1999, p. 86).

“Si a escala macro –escribe Zibechi– la *revolución de 1968* minó al Estado de Bienestar y a los regímenes socialistas, a escala micro desbordó el control que ejercían las sociedades disciplinarias” (Zibechi, 2018, p. 19. Subrayado del original). El autor acierta al vincular lo sistémico con la vida cotidiana, es decir, este ciclo de luchas mundiales puso en crisis el orden sistémico porque *desbordaron* otros espacios disciplinarios como la familia, escuelas, fábricas y hospitales. Espacios invisibilizados o infravalorados por la izquierda y su táctica más cercana al partidismo o sindicalismo.

Según Zibechi, el 68 latinoamericano inicia el 1 de enero de 1959 con el triunfo de la revolución cubana y se extenderá hasta 1973 con la instauración de la dictadura en Chile. Augusto Pinochet representó la apertura de la contraofensiva de los sectores capitalistas para realizar un ajuste en el modo de acumulación del capital (Zibechi, 2018, pp. 18-19). Siguiendo esta óptica, ahora podemos explicar las dictaduras de los 70’s no sólo como antecedentes de los gobiernos neoliberales de la región, también como una reacción de las élites político-económicas que sintieron menguar su hegemonía. Vale la pena repasar los 3 ejemplos que Zibechi rescata para entender a cabalidad este punto.

En 1968 es electo presidente Jorge Pacheco Areco en Uruguay. Su gobierno tuvo que hacer frente a la ola de descontento estudiantil-obrera, ya que la Federación de Estudiantes Universitarios Uruguayos y la Convención Nacional de Trabajadores convocan a paro general por la crisis económica que se vivía (Buriano, 2009). A fines de septiembre el gobierno clausura los cursos en todas las ramas de enseñanza menos en escuelas primarias en un intento de contener a estudiantes y obreros. Además, la Coordinadora de Estudiantes

de Secundaria del Uruguay (CESU) pide desocupar los trece liceos secundarios tomados, los estudiantes movilizados desconocen su liderazgo por lo que siguen las marchas y acciones en calles y barrios.

Zibechi va más allá al afirmar que las movilizaciones sindicales de 1969 como la FUNSA (conjunto de sindicatos textiles, frigoríficos y caucho) que desecharon la táctica electoral propuesta por los comunistas. En ese sentido, siguen en la práctica a los estudiantes que desconocieron los límites impuestos por el paradigma izquierdista de la toma del poder.

En Argentina, estudiantes y obreros se unieron de forma similar que en Uruguay, cerraron filas apoyados por los barrios y grupos populares urbanos. En la ciudad de Córdoba en 1969 se dio la mayor y más profunda movilización obrero-estudiantil conocida para la posteridad como el *Cordobazo*. El 29 de marzo el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) y de Luz y Fuerza encabezan el paro, para las 13 horas se habían hecho del centro de la ciudad, alrededor de un sector de 150 manzanas por lo que se improvisan barricadas y hogueras para organizar la defensa de las calles tomadas. Los estudiantes desde el Barrio Clínicas apoyaban a los obreros; algunos vecinos dan agua y comida a los manifestantes. Se calculan 50 mil personas movilizadas en las calles lo que se tradujo en una de las más importantes afrentas al régimen dictatorial de Juan Carlos Onganía (Zibechi, 2018, p. 41).

El *Cordobazo* fue el primero de varios levantamientos y movilizaciones populares que germinaron en Argentina, cuando menos hay 15 levantamientos entre mayo de 1969 y octubre de 1972. Para Zibechi representó una inflexión en la lucha social del país, ya que no sólo derrocó a Onganía, además este ciclo de lucha sindicalista se extendió hasta junio-julio de 1975 contra los ajustes del gobierno de Isabel Perón. En efecto, serían las primeras huelgas contra un gobierno de corte peronista que consiguieron la renuncia del ministro José López Rega y el ministro de Economía Celestino Rodrigo, contraviniendo las direcciones sindicales y marcando un distanciamiento respecto al Estado argentino (Zibechi, 2018, pp. 41-43).

Finalmente, cita el movimiento campesino colombiano de inicios de los setentas. En 1967 el presidente Carlos Lleras Restrepo intentó asociar a los campesinos colombianos para llevar a cabo una reforma agraria como herramienta modernizadora del campo, el cual, no experimentaba el crecimiento y desarrollo que la industria sí gozaba (Suárez, 1985). La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) fue como el Estado quiso controlar

el movimiento popular agrario, esto como táctica de contrainsurgencia en el marco de la Alianza para el Progreso que los Estados Unidos implementaron en la región.

Lo interesante de la ANUC es que se consolida como un organismo estatal, pero para 1971, y ante el poco avance en la reforma agraria, los campesinos la *desbordaron* e invadieron 645 fincas propiedad de terratenientes. Otra oleada de invasiones fue el 21 de febrero de 1972 cuando más de 15 mil familias ocuparon 250 predios en 13 departamentos (2018, p. 51). Este desborde llevó a romper con el Estado que la creó, y se aglutinaron en la ANUC-Sincelejo. Esta frenó la reforma destinada a cooptar al movimiento rebelde campesino; por todo lo anterior, Zibechi piensa que sin esta experiencia no existirían los intentos de autonomía política de los años posteriores (2018, pp. 52-53).

Este ciclo de luchas en Latinoamérica, según el periodista uruguayo, hizo una mutación en el sistema capitalista, las sociedades latinoamericanas y en los movimientos antisistémicos⁶. No obstante, hubo una contraofensiva por parte de las élites político-económicas. Los golpes militares en Bolivia (1971), Chile y Uruguay (1973), Argentina (1976), se engarzan con las dictaduras más antiguas como la paraguaya (1954) y la brasileña (1964) en un contexto de la doctrina de Seguridad Nacional auspiciada por Estados Unidos se explican bajo esta perspectiva.

El plan Cóndor fue la antítesis del internacionalismo de izquierda pues promovió los vínculos interestatales como antídoto a la insurgencia popular. Por ello, no es casual que a partir de estos años los movimientos antisistémicos intentaron crear organizaciones autónomas o que no estuvieran subordinadas a los parámetros estatales. En la práctica, se hizo una verdadera y profunda crítica a la idea de Estado heredada de la tradición de izquierda como único mecanismo de organización.

A partir de los 70's los movimientos negros, indígenas, feministas y de derechos humanos aparecen en la arena pública. Ponen al día la vieja agenda de izquierda con tópicos y problemas hasta ese momento no formulados: la cuestión étnica, la tierra, el patriarcado y el racismo. Este empuje popular descolocó al Estado como eje articulador de las

⁶ Según él hay cinco grandes cambios: transformación del sistema capitalista al agotar como horizontes utópicos al socialismo y al liberalismo; puso a debate el patriarcado; aparecieron otros grupos y/o sectores marginales (negros, indígenas y sectores populares); la aparición de nuevas culturas políticas y nuevas formas de lucha (2018, pp. 115-126).

organizaciones y movimientos. En su lugar aparecen la familia, la comunidad, el barrio y las relaciones de parentesco como referentes del movimiento popular. Así, estas minorías emergen como nuevos actores sociales con una nueva cultura política que se distancia de la toma del poder como única vía de cambio social.

Conclusiones

Las historias de vida de nuestras y nuestros entrevistados ponen de relieve una participación activa y popular no subsumida a las directrices de partidos, sindicatos y organizaciones de estirpe estatal. Sus testimonios son una invitación a repensar la realidad social en perpetua interacción entre lo micro y lo macro: la vida cotidiana como una dimensión en donde se expresan los cambios sistémicos y estos últimos como una ampliación de las transformaciones de la vida diaria. Por ejemplo, el 68 representó a nivel mundial un antes y un después en el feminismo del siglo pasado porque a escala micro se trastocó la vida cotidiana⁷.

En síntesis, nuestro texto tiene la virtud de sustentar la perspectiva de Zibechi, la cual, pone el acento en las nuevas culturas políticas que polemizan contra el “estadocentrismo” de los movimientos de izquierda. Este cuestionamiento provino de las experiencias compartidas de diversos sectores populares: campesinos, maestros, estudiantes, negros y mujeres que desplazaron al obrero como sujeto único revolucionario. Pero no es que se agotara la fuerza obrera, más bien el giro de tuerca fue que “el 68 puso al descubierto todas las relaciones de poder allí donde se ejercían, es decir, en todas partes” (Francesca Gargallo recuperado en Zibechi, 2018, p. 10). La vida toda se desnudó, exhibiendo los mecanismos interiorizados del poder; de aquí la importancia de observar la vida cotidiana, rutinaria, desprovista de los holanes y ornamentos de “los grandes acontecimientos”.

A veces la vida misma –así, sin adjetivos políticos– es más rebelde y crítica de lo que pensamos. Armando Bartra en su libro *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la gran crisis*, reflexiona sobre el persistente y siempre fallido afán del gran capital para subordinar –dentro de su lógica mercantil– a la naturaleza y al

⁷ El testimonio de Consuelo Valle, entonces estudiante de la UNAM, clarifica esto: “En esa época, ya había familias que permitían de manera muy gustosa que todas las compañeras de sus hijas: revoltosas, o no, hippies o no, revolucionarias, de minifalda... nos reuniéramos en sus casas, eran acciones puntuales, acciones sutiles que fueron generando un ambiente de reflexión.” (Citado por Barrera y Beltrán, 2018).

hombre. Lanza unas líneas optimistas: “el hombre y la naturaleza serán el muro insalvable con que en definitiva se tope el hombre de hierro, un límite que no puede trascender sin destruirnos a todos y a sí mismo, una cota que no le dejaremos cruzar simplemente porque en ello nos va la vida” (Bartra, 2014, p. 24). Partimos del mismo supuesto: el hombre – entendido como especie– está siempre resistiendo y poniendo límites al gran capital y a los sistemas de represión política. Por lo que pensamos pensar el 68 latinoamericano no tanto como producto de un sólo sector social –estudiantes u obreros–, sino como un momento donde cristalizó una constelación de experiencias populares que cambiaron al mundo, pero, sobre todo, cambiaron la forma en la cual se piensa transformarlo.

Entrevistas

Entrevista a la maestra Dolores Hernández Guerrero, realizada por Leglise, P. P., Salazar, E. A., y Castilla Cora, A. Ciudad de México, 20 de abril de 2018.

Entrevista a la maestra María Fernanda Campa Uranga, realizada por Leglise P. P., Salazar, E. A., Castilla Cora, A y Juárez, P. B. Ciudad de México, 23 de julio de 2018.

Entrevista al ingeniero Félix Hernández Gamundi, realizada por Leglise, P. P., Salazar, E. A., y Castilla Cora, A. Ciudad de México, México, 30 de julio de 2018.

Entrevista al maestro Guillermo Ramírez Hernández, realizada por Leglise P. P., Salazar, E. A., Castilla Cora, A y Juárez, P. B. Ciudad de México, 1 de agosto de 2018.

Entrevista al maestro Sergio Hernández, realizada por Leglise, P. P., y Chávez Cruz, R. Ciudad de México, 18 de abril de 2018.

Bibliografía

Arrighi, G., Wallerstein, I. y Hopkins, T. (1999). *Movimientos antisistémicos*. Madrid, España: Akal.

Bartra, A. (2014). *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la gran crisis*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Ítaca, Universidad Autónoma Metropolitana.

Martínez Della Rocca, S. (2009). El movimiento estudiantil-popular de 1968. En *Voces y ecos del 68* (pp. 27-62). México: Miguel Ángel Porrúa.

Zibechi, R. (2010). *Política y miseria*. Buenos Aires, Argentina: La Vaca Editora.

Zibechi, R. (2018). *Los desbordes desde abajo. 1968 en América Latina*. Uruguay: Zur.

Recursos electrónicos

Barrera, L. y Beltrán, D. (2018). Las mujeres del 68 y la revolución feminista emergente. *Luchadoras*. Recuperado de <https://luchadoras.mx/68-y-la-revolucion-feminista/>

Buriano Castro, A. M. (2009). Uruguay 1968: Una nueva mirada histórica cuarenta años después. *Historia Actual Online*, 19. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3065993.pdf>

De los Ríos, A. (2016). La huelga de 1967 en la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar. *Chihuahua Hoy*, vol. 14. Recuperado de <http://erevistas.uacj.mx/ojs/index.php/ChihuahuaHoy/article/view/1384>

Hernández Navarro, L. (15 de mayo de 2008). La exaltación [en línea]. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2008/05/15/index.php?section=cultura&article=a08a1cul>

Pérez Alfaro, M. M. (2013). 60 años de lucha del Movimiento Revolucionario del Magisterio. *Revista memoria*. Recuperado de <https://revistamemoria.mx/?p=1192>

Suárez, I. (1985). El movimiento campesino colombiano. *Revista controversia*, 126. Recuperado de [https://www.revistacontroversia.com/index.php?journal=controversia&page=article&op=viewFile&path\[\]=456&path\[\]=pdf_231](https://www.revistacontroversia.com/index.php?journal=controversia&page=article&op=viewFile&path[]=456&path[]=pdf_231)